

Rafael Arráiz Lucca: *Batallas*. Caracas: Fundarte, 1995.

Batallas, el título más reciente del joven poeta venezolano Rafael Arráiz Lucca, prueba la constancia y el tesón de una obra en ascenso. Prolífico — ha publicado, además de poemarios, varios libros de historia, crítica y viajes — Arráiz Lucca ha logrado desarrollar una voz clara, personal y honda desde su obra temprana (*Terrenos: el libro de las casas*. Caracas: Mandorla, 1985). Si ya en *Litoral* (Caracas: Planeta, 1991) veíamos a un poeta maduro, en *Batallas* aparecen ciertamente varios de los poemas más acabados y representativos de una escritura consciente de sí misma.

En esta colección, que sigue a *Pesadumbre en Bridgetown* (Caracas: Pequeña Venecia, 1992) y a *El abandono y la vigilia* (México: F.C.E., 1992) Arráiz Lucca vuelve al estilo de *Litoral*: poemas breves y sencillos, aquí separados en tres secciones: *Fundos*, *Batallas*, y *A.L.* La mayoría prescinde de títulos, y en la primera y tercera sección adoptan números romanos; la temática de las tres es relativamente uniforme, aunque en la segunda parte toca el tema del amor varias veces, y en la tercera abundan poemas sobre su familia, lo que acaso explica el significado de "A.L."

El estilo de Arráiz Lucca es directo y simple; evita los excesos experimentalistas de otros poetas de la posvanguardia y desecha el manierismo; en sus mejores momentos, nos recuerda a un Robert Frost o un Eliseo Diego: en lo cotidiano nos revela lo profundo, misterios insondables e inquietantes. Lo misterioso, que se puede decir es uno de los temas principales de los poemas, se construye en el espacio entre las palabras y sus referentes; las emociones y la posibilidad de expresarlas; los deseos y la posibilidad de realizarlos; y entre persona y persona. Ese misterio, una Babel inevitable y sigilosa, tiene sus inicios, según el primer poema de *Fundos*, en el mismo deseo de comunicar, que exige un apartarse de sí mismo para escuchar las palabras del otro; en este momento primordial de

olvido se pierde la relación simple entre significante y significado. En ese sentido se nos presenta una expresión poética del concepto de ‘perspicacia y ceguera’ que tanto ha postulado Paul De Man, entre otros teóricos contemporáneos: cada acto de percepción lleva consigo una obcecación; cada perspectiva tiene su punto ciego. La enunciación, a la vez que aclara, oculta; la comunicación, un arreglo entre emisor y receptor, llega a la eficiencia sólo al sacrificar otras posibilidades. Mostrando la reserva característica de la poesía metafísica, Arráiz Lucca rehúsa suprimir todos los lapsos comunicativos, o cegar todos los espacios; en cambio, los abre a las múltiples posibilidades del misterio.

Las varias brechas constatables en el lenguaje no ofrecen problemas en sí; igualmente, los intentos de superarlas pueden solamente complicar el asunto. Arráiz Lucca se contenta con señalar los vacíos y así transmitir el enigma, que, paradójicamente, es el de lo indecible. Varios de los poemas de *Fundos* presentan dicha incógnita: se preguntan cómo expresar más de lo que el lenguaje permite, y en esto añaden una dimensión adicional a las palabras del poema.

El misterio sugerido en este poemario se diferencia del “lugar vago” verlainiano o rubeniano; varios poemas parecen hacer referencia a una lírica sublime, y se distancian de ella, rechazando tanto su estética como su filosofía. La “nube blanca” que se apodera del alma del poeta en VIII de *Fundos* resiste caracterización como melancolía, desasosiego, o desesperación; resta solamente una incomprensible “nube blanca/en el sitio /impreciso /del alma” (16). Se resiste el poeta a proyectar una significación inflada o exótica a esta laguna de incomprensión, y la preserva con toda su ambivalencia. Como dice el poema XVI, el cielo (aunque no podamos dejar de mirarlo) “no nos pertenece” (24); el enigma de Arráiz Lucca no viene del Oriente, de lo raro o lo ajeno, sino que se presenta y permanece en los detalles de la vida cotidiana y las relaciones interpersonales.

La atención que presta la voz lírica a las relaciones familiares y personales y a sus aspectos profundos puede contarse entre los rasgos más conmovedores de esta poesía. Aparecen en *Batallas* hermanas y hermanos, amantes, hijos, y sobre todo la madre, todos como sujetos específicos y, a la vez, algo más. Con esto, el poeta devuelve la escritura a la tierra, a su debido lugar, encontrando la inspiración no en una imaginación desafortada sino en su entorno inmediato, y en sus lazos terrenales y humanos. Varias de las piezas de *Fundos* explican precisamente tal perspectiva, por ejemplo, el poema XV:

Un camello apura el paso hacia las palmas
y me ignora.
El pájaro azul hace piruetas sobre mi cabeza
y luego alza vuelo hacia el sur.
No hay cielo para mí,

digo entre dientes,
 y abro los ojos y oigo
 las gotas de la lluvia
 golpeando el canal.
 He sudado mucho.
 Estoy sobre la arena de mi cama
 en Caracas. (23)

En vez de seguir desarrollando su sueño de camellos (cuya significación como símbolo de Arabia ha destacado Borges) y pájaros azules (quizás una referencia al modernismo), el poeta despierta al mundo que lo circunda, y encuentra una poesía igualmente bella en los hechos simples y cotidianos de la realidad más inmediata. En su vuelta a la tierra no ha perdido la esperanza o el encanto; la arena de su cama sigue ofreciéndole las posibilidades hechiceras de la imaginación.

Las relaciones familiares despiertan emociones profundas e inquietudes persistentes; nunca escapamos al marco de la saga familiar, aun si pensamos en cuestiones ajenas. Por eso, en el poema IX de *Fundos* el viejo enfrenta sus últimas batallas armado sólo con “la foto de su madre / viejísima / sobre el escritorio.” Por eso también los dos hijos del hablante alcanzan un significado trascendente en el siguiente poema:

Dos
 con saña
 me hacen cosquillas
 en las plantas de los pies.

Dos
 propicios
 juntan sus cachetes
 con los míos
 y me abrazan

Dos
 hundidos entre las almohadas
 me aplastan.
 Cómo ríen mis hijos.
 Soy feliz. (18)

El poema hace que el lector se pregunte por qué nos debe parecer extraña la inclusión de los aspectos más naturales del día a día, por qué habrán otros poetas desterrado a sus hijos del mundo de la poesía. Así mismo, las experiencias de la muerte (suponemos de la madre) en *Fundos* XII, y de ojear sus fotos en el álbum familiar en poema VII de la sección *A.L.*, son comunes y profundas a la vez, sumamente dignas de representarse en poesía.

El éxito con que la voz lírica examina la vida y significación de sus parientes llama nuestra atención hacia la ausencia de otros registros poéticos en este volumen. Por lo general, Arráiz Lucca evita mencionar la ideología, y cuando lo hace se sumerge en el seno familiar, en lo que podríamos llamar la “micropolítica” o minucia del poder. La comparación entre pobre y rico, en el poema XI de *Fundos*, se hace entre dos hermanos:

Me hermano rico es muy fuerte.
No tiene dermatitis en la frente
ni le sobreviene un vértigo
a las diez de la mañana.

...

Mi hermano rico.
Lo quiero
lo quiero
pero se olvida de mí
todas las tardes. (19)

No se nos presenta un manifiesto o proclama, sino se recuenta una experiencia particular que es susceptible de generalizarse y abierta a varias interpretaciones.

En otro texto que toca la minucia de la ideología también se ve el relativismo, otro tema central de *Batallas*. El poema VI de *A.L.* nos habla de la experiencia universal de buscar entre tréboles comunes uno de cuatro hojas, “solo / imperioso y amargo en el bosque incómodo / de los otros” (46). El lenguaje sugiere una alegoría del individualismo humano, pero la pieza en su totalidad indica que sólo la compañía de los tréboles de tres hojas da la impresión de rareza a los de cuatro; así cualquier moraleja que se podría extraer se disuelve en una ambigua ironía.

Arráiz Lucca está en plena forma al examinar lo cotidiano y familiar, y sólo se extravía esporádicamente cuando incursiona en lo ajeno, por ejemplo, en ciertos textos de resonancias taoísticas (el II y III de *Fundos*). Sea como sea, no hay poetas que produzcan solamente joyas, así como tampoco hay muchos que produzcan poemas que brillen con la intensidad de los mejores de este libro.

Gareth Price